

principalmente porque se trata de una nacion con quien la España está unida por los vínculos del origen, del idioma y de la religion.

Al principio y al fin nos atenemos, porque á pesar de lo que en el cuerpo de ella se contiene, no creemos que el señor Pidal sacrifique intereses graves y nada menos que dos naciones á intereses pecuniarios de especuladores particulares hábiles en aprovechar todos los incidentes y circunstancias; ni que haga concesiones á un medio de popularidad, que no es de la gran mayoría española y de que no ha menester.

Los gobiernos á quienes ha mandado dar conocimiento de su circular presumirán de su circunspeccion y detenimiento con que abrazará su partido: le respetarán su autoridad de gobierno; pero como se trata de otro gobierno y las responsabilidades que se le imputan son tan graves y están contradichas tan categóricamente, esperarán para formar su juicio la contestacion que es natural que aquel dé por otra circular, y se atenderán á la que esté mas conforme con las pruebas y con los hechos públicos. A esos embajadores y á esos gobiernos les conjuramos á que se impongan de tres pequeños artículos de *El Estandarte*, periódico de México.

Por él verán el espíritu del gobierno y del pueblo mexicano, y verán cuanto contrasta su lengua-

je con el de la prensa de Madrid. No hemos creído deber esperar á ese caso, si es verdad que el generoso gobierno de Francia ha hecho al de España la recomendacion que han dicho los periódicos.

Nuestra primera parte la escribimos con dos objetos: el uno, de hacer ver á la gente sensata é imparcial de España, el engaño en que se tenía imbuido á su gobierno y la injusticia con que se nos hacia la guerra, que, en el estado de divisiones de política interior de los dos países y de sus recursos, no daría otra resultado que devastarlos: y el otro, de llamar la atencion del gobierno de nuestra patria sobre la necesidad de aprestarse á su defensa y de mirar mas por su dignidad, ya que el camino de las condescendencias y de mas y mas concesiones nos habia conducido nada menos que á una guerra.

—Y esto lo escribimos en el momento de recibir la dolorosa impresion que nos causó la ligereza y el ningun cesamen con que sobre noticias falsas de interesados y sin esperar á comunicaciones siquiera oficiales de sus propios agentes, se habian tomado disposiciones y tenídose acuerdos, que manifestaban ó el reaparecimiento de rencores mal apagados, ó una disposicion á resucitar odios que nuestra patria no ha provocado. Se nos cerraban todos los caminos, se desairaban nuestras esplicaciones, no se nos dejaba mas que la humillacion ó la guerra; no habia que titubear en la eleccion.

Mas pues que aun hay una esperanza de que se dé oído á la razon, y esto lo pueden alcanzar amigos comunes, que deben respetarse, el language de la paz es el que hemos adoptado, estudiando defendernos, quanto nos ha sido posible, de dar entrada á otra pasion que la de los sentimientos de la sangre y de la amistad.

Tenemos derecho á ser creidos cuando invocamos títulos tan sagrados. ¿Es que se puede aborrecer á su padre, á su hijo, á su hermano, ni á su amigo? ¿De cuándo acá la bondad y la gracia inspiran otra cosa que respeto y simpatía en corazones bien nacidos? ¿Es ni posible el odio á españoles, como la angelical y fascinadora reina de España, como la hermosa emperatriz de los franceses?

Hoy hacemos presente sobre el ministerio del señor Pidal y su encargado de negocios, las mismas consideraciones que obraron en el Parlamento inglés para reprobear la conducta del gabinete y de sus agentes en China:—“Comenzar, decia sir John Russell, con actos de hostilidad, pendiente el arreglo en una cuestion de ménos importancia, que se pudo tener á lo amigable.”

Sir Francis Baring decia, y sus palabras resonarán en todas las naciones que dicen ser cristianas: “Yo soy hombre de partido; pero por el derramamiento de sangre, aun de nuestros enemigos, yo

creo que somos responsables ante un tribunal mas elevado. Nosotros no tenemos derecho de hacer la guerra sin una causa justa, y no tengo por tales ni el negocio del *Arrow*, ni el deseo de que mis amigos se conserven en el puesto.” Nosotros decimos á nuestra vez: no tenemos por tales, ni la pretension de que se muestre un papel; ni el que no se haya concluido en ocho dias un proceso sobre tres homicidios, que se comenzó antes de veinte y curtro horas, ni cuando se está juzgando á los asesinos, que de seguro serán ejecutados.

Por la analogía de historia como pueblo sometido á una metrópoli europea de la que hizo su independencia: por la de sus instituciones, y por la mayor aún de su espíritu de libertad republicana, planta tan indígena de América como sus frutos que se llaman coloniales; México estuvo en el principio de su carrera política, sinceramente inclinado á la amistad de los Estados-Unidos, y á ellos, los primeros, los invitó para el congreso, que al principio se llamó de Panamá y despues de Tacubaya. La historia de Tèxas, la de otra gran parte de su territorio, con insaciables aspiraciones á mas; el soplo continuo de sus disensiones: el empuje sobre el suelo mexicano de los bárbaros de la frontera: la suerte de nuestros compatriotas, quedados en el territorio que les fué cedido: la franqueza imprudente con que se negaron en el tratado de paz á recono-

cerles como sus ciudadanos: la falta de fé en la guarda del tratado negándose á concederles aun los derechos civiles: la imposibilidad, en fin, ya experimentada, de la coexistencia en un mismo suelo, ni aun la amistad y paz *perpetua* que dijo el tratado de las dos razas y todo lo que todo el mundo sabe y seria largo de recordar, hicieron á México renunciar á sus lisonjeros ensueños; antes bien para ver por su futura seguridad con tan incómodo y peligroso vecino, se vió obligado á volver los ojos del lado de los gobiernos europeos, de quienes á lo ménos no teme que le usurpen su territorio, ni pongan en peligro su independencia: con mas confianza en los últimos dias, por la conducta generosa que han tenido y por los principios que han proclamado. Pero si tambien es engañada esta esperanza, si á México no alcanza la aplicacion de esos principios: si antes bien se apoya al que en medio de sus desgracias le lleva la calamidad de la guerra, y, como han dicho los periódicos, se mandan tambien buques para guardarle la espalda, México no por eso se doblegará: se defenderá, atendido á sus propios medios, con la seguridad del triunfo que deben darle sus ocho ó nueve millopes de habitantes y la experiencia en nuestros propios dias de lo que vale la voluntad perseverante y la energía incontrastable cuando sean en apoyo de la justicia de la causa. Un solo hombre se ha tenido firme veinte años contra potencias del Viejo mundo y sus ene-

migos domésticos en la república Argentina: un solo hombre, el digno rey de Holanda, resistió las cinco primeras potencias de Europa signatarias del protocolo de Lóndres.

Así México agotará sus recursos y quedárase reducido á un puerto y una ciudad, con tal que quede algo que se llame México, donde una planta de pié extraño, y mucho ménos de sus antiguos dominadores, que tanto odio le están manifestando todos los dias y que tanto lo han calumniado, no mancille su nacionalidad. A ellos les dará las gracias todas las veces que vea pasar á otras manos sus tesoros y territorios, como el hombre de honor, que por salvarlo ocurre al usurero sacrificando ciento por uno y maldiciendo á su sacrificador. Una vez lanzados en esta lucha de nuevos agravios y de odios implacables, decimos como sir Jhon Rusell, que venga lo que Dios quisiera. La primera consecuencia por la sola interrupcion en su comercio y en sus puertos, será la vuelta en Europa la crisis monetaria que obligó á los bancos de Francia é Inglaterra á subir su interés y á cortar sus plazos, que detuvo repentinamente el vuelo del espíritu de empresas y que sembró el terror en todas las clases, porque no habia 25 millones de duros en plata amonedada y en pasta, que manda México todos los años á la Europa. Las fábricas de Francia y de Inglaterra no tendrán

aquel mercado mientras el país esté envuelto en el incendio de la guerra. Los obreros á quienes se les buscara trabajo se presentarán en las plazas públicas á demandarlo, en mayor número del en que lo han hecho en estos días, y con gritos mas ó ménos sediciosos, como que no se tratará entonces de albañiles, sino de fabricantes de telas de seda y de tejidos de algodón. Los Estados-Unidos verán llegada su ocasion; destacarán sus filibusteros precursores sobre Cuba y sobre México; y si se apoderan, de mal grado ó por violencia, del objeto (oficial) de su codicia, las minas de plata y el istmo, tendrán ya en sus manos elementos poderosos con que imponer, como lo pretenden, al Viejo Mundo. á quien someterán á ser su tributario, teniendo este que pasar, como bajo otras horcas caudinas, sea por el canal de Tehuantepec, mas realizable y mas en el camino que Panamá y que Nicaragua, sea por un camino de fierro que atravesará vintisiete ciudades mas ó ménos populosas ya, en el territorio mexicano, y mas fácil de construirse que el proyectado al Oregon y á California.

México, disminuido por los Estados-Unidos, fomentará la independencia de Cuba, y si no la puede hacer neutral y que quede por su propia cuenta, pasará en su despecho porque tambien les pertenezca; y cómo cuando ellos se negaron á dejarla á la España y á la neutralidad á que les in-

vitaron la Francia y la Inglaterra, estas potencias se reservaron su derecho de obrar como les conviniere, la lucha se volverá de gigantes: de la América entera contra la Europa entera.

Si se dejan ir allá las cosas, dirémos de una vez y espresamente lo que por incidencia decíamos en nuestra primera parte: Que no creemos en el pretendido derecho de gentes: que Grocio, y Puffendor fueron unos cándidos en gastar su vida para dejar al mundo como estaba. Al cabo de doscientos años de sus trabajos, lo mismo que en los siglos que les precedieron, el cañon, que nada prueba, sigue decidiendo las cuestiones: cada pueblo obra é invoca, y aplica principios, segun le conviene: si es mas ó menos susceptible Manchester, como hoy se dice, mas ó menos arrogante ó moderado segun el país á quien ha llamado su amigo está mas ó menos consolidado, mas ó menos trabajado por las revoluciones, segun que nos da mas ó menos material para nuestros artefactos, segun les puede hacer mas ó menos daño. En suma, hoy como antes, y hasta la consumacion de los siglos, el que no tiene fuerza no tiene derechos.

Por nuestra parte los mexicanos habremos cumplido con esforzarnos hasta el último momento para rectificar *la opinion que debe acompañar á los hechos de armas.*

Pero no: el poderoso monarca que esto dijo: el

que ha hecho morir en su reinado otro resto de barbarie: el que sabe el poder de media palabra suya, encontrará mejor añadir, con una inteligencia entre los representantes de España y México en su córte, una página mas á la historia de otras iguales que tan poderosamente han cooperado á ilustrar mas y mas su reinado, que hacerse, sin saberlo, por falta de un concienzudo ecsámen, instrumento de sórdidos intereses, que ni siquiera son de la España, y para ello dar ó dejar dar, en el golfo de México, el espectáculo de dos mundos que se combaten á muerte, en el siglo XIX renovar en aquel palenque la prueba por el agua y el fuego de la edad media. De México en todo caso no dirá la historia sino que fué leal con todos sus amigos: que hizo mas de lo que debia por conservarlos: como hoy no tiene otra cosa que hacer, que restringirse á la observancia de sus leyes y que venga el juicio de Dios.

Paris, Marzo de 1857.

JOSE RAMON PACHECO.

A PÉNDICE.

En *El Leon Español*, periódico de Madrid, del viérnes 13 de Marzo, se dicen estas palabras:

“Posible es, como algunos presumen, que el tratado en cuestion no pase de una combinacion mas ó ménos artera de las que suele emplear, en sus miras de adquisicion territorial, el gobierno de la confederacion norte-americana, como que precisamente la suma de doce millones de duros es el precio que ofreció no ha mucho, por la cesion á su favor del rico Distrito mexicano de la Sonora; pero tambien puede significar otra cosa, y cuenta que no nos fijemos sino en su “posibilidad,” á fin de que no se nos crea escesivamente suspicaces. ¿No puede significar ese tratado la idea, malévola sí, pero muy en consonancia con cien hechos anterior-